**Domingo 5º de Pascua (A). 14.05.2017: Juan 14,1-12.**

***“Yo soy el camino”*, dicen que dijo Jesús. Y yo lo escribo… ¡CONTIGO!**

El domingo pasado se nos invitó a leer que Jesús nos había dicho de sí mismo aquello que el libro del Éxodo (3,14-16) decía del propio Yavé, dios de Israel: **‘Yo soy… la puerta’**. Jesús era considerado (lo dijera él o se lo pusiera en sus labios este cuarto Evangelista) como la puerta de entrada y salida. Ni la Ley de Moisés, ni la institución del templo y de su sacerdocio eran ya una puerta válida para estar ‘con Dios’ o alejado de él. Eso fue el domingo pasado y en el texto del Evangelio de Juan 10,1-10.

Para el domingo siguiente, que es el 14 de mayo, se nos propone la lectura del texto de Juan 14,1-12. Los contextos de ambos textos no son ni parecidos. Los mensajes serán diferentes, evidentemente. Ambos tienen en común que se refieren a la identidad de la persona de Jesús. ¿Nunca se va a leer en la liturgia de la eucaristía este Evangelio de Juan de forma continuada y domingo tras domingo durante un año? Si esta lectura y en liturgia pública no se hace, nunca comprenderá la asamblea de los creyentes quién es el Jesús de este cuarto Evangelio. Se comulgará en esos ritos real y verdaderamente con un Cristo-Jesucristo del que no se habla en los relatos evangélicos. Y así año tras año y siglo tras siglo. Y son ya veinte, y como si nada.

Todo este decimocuarto capítulo de Juan forma parte de un extenso discurso que el narrador puso en boca de Jesús de Nazaret en la continuación de la cena última de este hombre con lxs suyxs antes de la celebración de la familiar pascua judía. A este Evangelista evangelizador le pareció oportuno hacer coincidir la muerte de Jesús con la muerte ritual de los corderos que en Jerusalén se destinaban para esa importantísima y familiar cena pascual judía (19,28-31).

El continente y el contenido de este discurso de Jesús sólo aparece escrito aquí y en ningún otro de los Evangelios. De la misma manera que los cinco discursos que Mateo pone en labios de Jesús sólo aparecen en el relato de Mateo y en ningún otro de los Evangelios. ¿Por qué suceden estas cosas? ¿Lo quiso, programó e inspiró el Espíritu Santo? Lo hizo así cada autor.

El comienzo de este discurso del Jesús de Nazaret del decimocuarto capítulo de Juan es una atrevida propuesta del laico de Galilea a Pedro y, con él, a todxs lxs seguidorxs que estaban con Jesús a la mesa en la noche de la despedida y cuando ya estaba echada la suerte de Jesús, porque Judas ya había decidido consumar la traición. En este ambiente de denuncias y traiciones, de mercadeos con la muerte, resplandece como un milagro de la realidad del ser humano la serenidad de un Jesús de Nazaret que identifica toda su experiencia en lo único que merece la pena mantener vivo, humano y con sentido: **Amaos unos a otros** (Juan 13,35).

**¿El único mandamiento? Sí**, que es como decir **‘el único camino’** para andar por esta tierra rodeado de romanos, fariseos, escribas, sacerdotes, Pilatos, Herodes, publicanos, ciegos, hambrientos… Que es también como **‘la única verdad’** que nos humaniza, no la que se nos impone por la prepotencia del poseer, acaparar, ostentar, tener, saber, estudiar, creer, mandar… Que es también como decir **‘la única vida’**, la única vida porque no hay otra. Y mi lectura crítica de este inicio del discurso no da para mucho más. Me quedo con estas dos lucecitas de la palabra que es Jesús: ‘Amaos unos a otros’ y ‘Quien me ve, ve al Padre’.

**Domingo 25º del Evangelio de Marcos (14.05.2017): Marcos 7,1-23.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

El texto de Marcos 7,1-23 completa la serie de cinco signos o señales que nos permiten responder con cierta precisión la pregunta sobre la identidad de la persona de Jesús de Nazaret para la persona del Evangelista a quien la tradición de siglos llama Marcos y yo me sigo atreviendo a llamar María Magdalena. Este Jesús de Nazaret manifiesta una increíble libertad frente a la Religión de sus gentes y autoridades: *“Los fariseos y algunos maestros de la Ley procedentes de Jerusalén se acercaron a Jesús y observaron… Así que los fariseos y los maestros de la ley le preguntaron…”* (7,1 a 7,5).

Sobre este mismísimo asunto ya le habían preguntado también a este mismo laico de Galilea llamado Jesús en 2,18. El asunto es el cumplimiento de las normativas legales del que yo llamaría ‘Catecismo de la Religión de Israel’. Jesús no sigue ni las enseñanzas, ni las normativas ni las prácticas de la religión en la nació y en la que fue educado. Es más, esta explícita desobediencia es lo que enseña a lxs suyxs en su misión evangelizadora por Galilea. Y esta manera herética y blasfema de ser y de enseñar que tiene Jesús provoca la presencia de autoridades de la Ley de Moisés en su tierra. ¿Puedo llamar ‘inquisitorial’ a esta tarea de los maestros de la Ley y del Templo venidos expresamente para eso desde Jerusalén?

La respuesta que María Magdalena pone en labios de Jesús es tan clara y contundente que cuando se la lee despacio y críticamente se sorprende de la humanidad y sentido común que tienen tanto Jesús como quien escribe sobre él: *“Y llamando de nuevo a la gente les dijo: Escuchad bien todos y entended esto. Nada de cuanto entra en la persona puede mancharla. Sólo lo que sale de sus adentros puede mancharla”* (7,14-15).

Y si queda aún alguna duda interpretativa, esta mujer que sigue a Jesús desde el comienzo de su evangelización (como bien lo dice en 15,40-47) remata su comentario explícitamente dedicado a sus discípulos tan duros de mollera como incrédulos e incompetentes: *“De las neuronas de cada quien salen sus decisiones, robos, homicidios, adulterios, injurias… Esto es lo que sale de la persona y mancha a la persona”* (7,20-23).

La llamada Ley de Moisés que se enseña como Ley de Dios por los fariseos, escribas y maestros es una ley que está fuera de cada persona. Es una ley que ni limpia ni mancha. Es una ley inventada por hombres… ¡con explícito y manifiesto ánimo de lucro! (7,9-13). En cambio, la propuesta del laico de Galilea es muy elemental: *“Abrid los ojos y tened cuidado con la levadura de los fariseos y con la levadura de Herodes”* (8,15). ¿Puedo traducirlo ahora y así: ‘Piensa y que nadie te engañe. Decide desde tus adentros qué hacer, qué comer, qué mirar, qué tocar, con quién estar’, a dónde ir, a quién seguir, qué compartir…?

Antes de salir con Jesús de Nazaret hacia Tiro y Sidón, quiero recordar las cinco señales que acabamos de leer y que, como luces encendidas, nos ayudan a comprender la identidad y la misión de Jesús de Nazaret: 1, la persona y la enseñanza del profeta Juan Bautista (6,14-29); 2, la multiplicación de los panes y peces (6,30-44); 3, el paso del lago embravecido (6,45-51); 4, la curación de los enfermos (6,53-56) y el 5, la ley que libera porque nacer de dentro (7,1-23).